En el castillo de Glinda

Los viajeros atravesaron el bosque a paso ligero y fueron a dar al pie de un cerro algo escarpado.[1] Apenas habían empezado a trepar por las rocas cuando una voz áspera les gritó:

—¡Alto ahí! ¡Deteneos!

Entonces una cabeza calva se asomó por entre las rocas y dijo:

—Os encontráis en el País de los Cabezones, y no permitimos que los desconocidos entren en él.

—Pero necesitamos cruzar el cerro para llegar al castillo de Glinda —replicó el espantapájaros.

—¡Pues por aquí no podéis pasar! —exclamó el hombre mientras salía de detrás de las rocas.

Era la persona más rara que Dorotea y sus compañeros habían visto jamás. Tenía el cuerpo rechoncho[2] y sin brazos, y el cuello, grueso y lleno de arrugas, aguantaba una cabeza plana en la coronilla.

—Vamos a cruzar el cerro te guste o no —dijo el espantapájaros, y dio un paso al frente.

Pero, de pronto, el cuello del hombre se estiró, su cabeza salió disparada como un rayo y se estrelló contra la barriga del hombre

1 **cerro**: montaña pequeña; **escarpado**: con mucha pendiente y lleno de rocas.
2 **rechoncho**: grueso y bajito.

de paja, que cayó al suelo dando tumbos. Mientras el pobre espantapájaros intentaba ponerse de pie, la cabeza del hombrecillo volvió a su sitio tan rápidamente como había salido.

—¿Lo entiendes ahora? —preguntó, riéndose a carcajadas.

Y, a continuación, comenzaron a salir cientos de cabezones de entre las rocas. El león rugió, enfurecido, pero los extraños hombrecillos ni siquiera pestañearon.

—Es inútil luchar contra esta gente —dijo el hombre de hojalata—. Son muy tercos[3] y no van a dejarnos pasar, así que tendremos que encontrar otra solución para llegar al castillo de Glinda.

—Sí, pero ¿cuál? —preguntó Dorotea.

—Quizá deberías llamar a los monos alados —sugirió el espantapájaros, que ya había recuperado el aliento—. Todavía te queda una orden que darles y, aunque los monos no saben cómo llegar a Kansas, tal vez puedan ayudarnos a cruzar el País de los Cabezones.

Dorotea no se lo pensó dos veces: se puso el sombrero a toda prisa y pronunció las palabras mágicas. Al instante, los monos alados se presentaron ante ella y se inclinaron en señal de respeto.

—¿Qué deseas? —preguntó el rey de los monos.

—Espero que esta vez puedas cumplir mis órdenes —dijo la niña—. Te ordeno que nos llevéis al castillo de Glinda.

—Así lo haremos.

Los monos alados alzaron a Dorotea y a sus amigos del suelo y sobrevolaron el País de los Cabezones con ellos en brazos. Al cabo de un rato, los depositaron en las puertas de un gran castillo rodeado de hermosos árboles, y, tras desearles mucha suerte, desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos.

---

3 **tercos**: testarudos, que no cambian de opinión.

Ante las puertas del castillo, había tres jovencitas vestidas con unos bonitos trajes rojos.

—¿Por qué habéis venido al País del Sur? —preguntó una de las jóvenes.

—Para ver al hada buena que lo gobierna —dijo Dorotea—. ¿Podríais llevarnos ante ella?

—Decidme vuestros nombres y le preguntaré a Glinda si desea recibiros.

Cuando Dorotea y sus amigos les explicaron quiénes eran, la joven los llevó ante Glinda, a quien hallaron sentada en un trono adornado con incontables rubíes. El hada era una mujer bellí-

sima: tenía los ojos azules y el cabello rojo, y vestía una túnica de un blanco inmaculado.[4]

—¿Qué puedo hacer por ti, preciosa? —le preguntó a Dorotea.

La niña le contó su historia de cabo a rabo, desde el instante en que su casa había volado por los aires, hasta el momento en que los monos la habían dejado a la puerta de aquel hermoso castillo.

—Mi único deseo —añadió la niña— es volver a Kansas, pues estoy segura de que la tía Emma y el tío Enrique me echan mucho de menos.

El hada Glinda se inclinó hacia delante para besar a Dorotea en una mejilla.

—No estés triste, preciosa —le dijo—, yo te diré cómo puedes volver a Kansas. Pero antes quisiera saber qué van a hacer tus amigos cuando regreses a tu casa.

—Yo me quedaré en la Ciudad Esmeralda —declaró el espantapájaros—, pues Oz me ha nombrado su rey y la gente de allí me quiere mucho.

—Haces muy bien al quedarte con ellos —respondió el hada Glinda—, porque sería una lástima privar al pueblo de un rey tan prudente y sabio como tú.

Luego, el hada se volvió hacia el leñador y le preguntó:

—¿Y tú qué harás cuando Dorotea se marche?

El hombre de hojalata se apoyó en el hacha, pensó su respuesta por un momento y al cabo confesó:

—No lo sé. Por un lado, quisiera volver junto a la joven mascona de la que me enamoré, pero, por el otro, los guiñones me han pedido que me quede con ellos para convertirme en su rey.

---

4 **inmaculado**: muy puro, sin mancha.

—No lo dudes más —sentenció Glinda—: yo te llevaré al País el Oeste para que reines sobre los guiñones, y traeré a tu lado a joven que amas para que puedas casarte con ella. Tienes un co-azón generoso y, aunque tu cerebro no es tan grande como el del spantapájaros, puedes ser más brillante que él si te dan brillo.

Entonces, el hada miró al león y le preguntó:

—¿Y qué harás tú cuando Dorotea regrese a su casa?

—Al venir hacia aquí atravesamos un bosque habitado por fie-as salvajes que me han nombrado su rey; es lo que siempre quise ser —respondió el león—. Si pudiese regresar allí me sentiría feliz.

—No te preocupes —respondió Glinda—. Yo haré que los mo-nos alados te lleven a la selva para que seas el rey de los animales.

El espantapájaros, el leñador y el león dieron las gracias a la bondadosa Glinda.

—Pero a mí todavía no me has dicho cómo voy a volver a Kan-sas —dijo Dorotea.

—Tus zapatos de plata te llevarán sobre el desierto —contes-tó Glinda—. Desde el primer momento podías haber regresado a Kansas en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Caramba! —exclamó la niña—. ¡Sí que era fácil!

—Desde luego que lo era —dijo Glinda con su dulce voz.

—¡Pero entonces yo no tendría mi cerebro! —gritó el espanta-pájaros—. Me habría pasado la vida en el trigal y nunca habría si-do rey de la Ciudad Esmeralda.

—¡Y yo no habría conseguido el corazón que late en mi pecho! —exclamó el leñador de hojalata—. Me habría quedado tieso y oxidado en el bosque hasta el fin del mundo.

—Y yo habría sido un cobarde toda mi vida —dijo el león—, y ningún animal de la selva me habría respetado jamás.

—Tenéis toda la razón —concluyó Dorotea—, y me alegro mucho de haberos sido útil. Pero, ahora que cada uno ha conseguido lo que más deseaba y tiene un reino donde gobernar, yo quiero volver a Kansas con mis tíos.

—Muy bien —dijo Glinda—. Golpea entre sí los talones de los zapatos de plata tres veces seguidas y viajarás en un santiamén al lugar que desees.

—¡Qué sencillo es! —exclamó Dorotea mientras miraba a sus amigos con ternura e intentaba reprimir las lágrimas—. Me va a resultar muy difícil separarme de vosotros. Os quiero tanto a todos...

Entonces la niña rodeó con sus brazos al león y lo besó una y otra vez al tiempo que le acariciaba la melena afectuosamente.

—Echaré de menos tu miedo y tu coraje —le dijo.

—Nunca sería lo que soy de no haber sido por ti —respondió el león.

Después, la niña besó al leñador de hojalata, que se había echado a llorar de la emoción.

—No llores —le dijo—: ya sabes que te oxidas con nada.

—No me importa —observó el leñador—. Ahora sí que estoy convencido de que tengo corazón, porque sufro al verte marchar.

Luego, Dorotea se acercó al espantapájaros y lo abrazó con tanta fuerza que la paja se le movió de lugar.

—Nunca te olvidaré —le dijo.

—Ni yo a ti —respondió el hombre de paja—, porque me has enseñado a ser mejor.

Dorotea miró por última vez a sus amigos y después se colocó frente al trono de Glinda.

—¿Estás ya lista? —preguntó el hada.

—Sí —respondió Dorotea mientras se secaba una lágrima con el puño—. ¡Adiós, mis queridos amigos!

Entonces Glinda bajó de su trono de rubíes y se despidió de la niña con un beso. Dorotea le agradeció al hada lo que había hecho por ella, tomó a Totó en brazos y dijo adiós con la mano. Después, entrechocó los talones de sus zapatos por tres veces y ordenó con voz solemne:

—Llevadme a casa con la tía Emma y el tío Enrique.

Al instante, Dorotea empezó a girar por los aires a tanta velocidad que solo podía oír el silbido furioso del viento; pero apenas habían transcurrido unos segundos cuando la niña se vio rodando por el suelo con Totó en brazos. Al detenerse, Dorotea se encontró sentada frente a una hermosa casa hecha de troncos y en medio de una amplia pradera. Entonces la niña comprendió dónde se encontraba y gritó con entusiasmo:

—¡Por fin, Totó, por fin estamos de vuelta en Kansas!

De vuelta a casa

Al mirarse los pies, Dorotea descubrió que había perdido los zapatos de plata durante su veloz viaje hacia Kansas. Frente a ella se encontraba el tío Enrique, que estaba ordeñando las vacas en el cercado. Dorotea se quedó maravillada al ver la casa que aquel buen hombre acababa de construir para reemplazar a la que había volado por los aires a causa del ciclón. Loca de alegría, la niña echó a correr, al tiempo que Totó ladraba sin cesar para demostrar su contento.

Entonces la tía Emma salió de casa para regar las coles del huerto y, al levantar la vista, vio a Dorotea corriendo por la hierba. La niña se detuvo ante su tía y la abrazó con todas sus fuerzas.

—¡Mi niña preciosa! —exclamó la mujer, llenándole la cara de besos a su sobrina—. ¿De dónde demonios sales?

—Del País de Oz —afirmó Dorotea con toda seriedad—. Ya ves que Totó también ha regresado.

—¿Del País de Oz? —dijo la tía Emma con un gesto de desconfianza—. Bueno, bueno, ve a lavarte las manos, que vamos a comer. Luego me cuentas cómo es ese país…

—¡Claro que sí! —respondió Dorotea al tiempo que volvía a abrazar a su tía—. ¡Caramba, tía Emma, no sabes lo feliz que me hace estar de nuevo en casa!